

DOMINGO XXXI DEL TIEMPO ORDINARIO

CICLO C

3ª Lectura (Lc. 19, 1-10)



“El hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido”

«En aquel tiempo entró Jesús en Jericó y atravesaba la ciudad. Un hombre llamado Zaqueo, jefe de publicanos y rico, trataba de distinguir quién era Jesús, pero la gente se lo impedía, porque era bajo de estatura. Corrió más adelante y se subió a una higuera para verlo,

porque tenía que pasar por allí. Jesús, al llegar a aquel sitio, levantó los ojos y dijo: –Zaqueo, baja en seguida, porque hoy tengo que alojarme en tu casa.

Él bajó en seguida, y lo recibió muy contento. Al ver esto, todos murmuraban diciendo: –Ha entrado a hospedarse en casa de un pecador.

Pero Zaqueo se puso en pie, y dijo al Señor: –Mira, la mitad de mis bienes, Señor, se la doy a los pobres y si de alguno me he aprovechado, le restituiré cuatro veces más.

Jesús le contestó: –Hoy ha sido la salvación de esta casa; también éste es hijo de Abrahán. Porque el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido.» (Lc. 19, 1-10).

“Entró Jesús en Jericó”: Ciudad sacerdotal. En el camino hacia Jericó Jesús ya había curado al ciego que estaba sentado en el camino:

*«Sucedio que, al acercarse él a Jericó, estaba un **ciego sentado** junto al camino pidiendo limosna.» (Lc. 18, 35).*

Ahora Jesús va a curar otra ceguera más dañina, la del alma de Zaqueo.

Los sacerdotes, transmisores de la luz divina, habían fracasado: tenían ambos tipos de ciegos en su ciudad: ciegos del cuerpo y ciegos del alma. Pero entró Jesús, que es *“la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo” (Jn. 1, 9)*, y se quedó iluminando al ciego del camino y al ciego de la higuera. Es doctrina de San Lucas que las ciudades producen ciegos. Pero el Jericó de este mundo volverá a tener luz verdadera y a ver con gozo la nueva luz que es Jesús. Si tú das a Jesús a las almas, si tú llevas a las almas a Jesús y a María, entonces habrás dado la única luz que es luz sin tinieblas.

“Y atravesaba la ciudad”: La trayectoria que llevaba Jesús por Jericó era pública y se dejó ver de todos, pues quería dejar constancia de dónde estaba la luz y de dónde vienen las tinieblas: Jesús es la luz, el mundo (Jericó), las tinieblas. En definitiva, Jesús atraviesa la ciudad para iluminarla de extremo a extremo.

“Un hombre llamado Zaqueo”: El nombre parece una abreviación de Zacarías. Vendría a significar: *“Yahveh se ha acordado”*. Y, efectivamente, Dios se acordó de este ciego por el dinero. Dios tiene providencia

de sus hijos extraviados en las tinieblas de su propio corazón y los conduce con mano certera a las regiones de la iluminación del Evangelio, que ha querido rubricar con su preciosa Sangre.

“Jefe de publicanos”: No sólo publicano, sino, además, jefe de publicanos; por lo tanto, estaba al servicio de Roma. Al igual que los judíos veían en los publicanos a unos indeseables mercenarios al servicio del enemigo romano, los publicanos veían en los judíos el objeto de su codicia monetaria, pero con el regocijo de poder tiranizarlos con el apoyo de las tropas romanas.

“Yrico”: Pues su profesión, como recaudador de impuestos, le proporcionaba lucrativas ganancias. Además de indicar que Zaqueo poseía riquezas, también se hace notar que era de una psicología negativa propia del rico: prepotente, cruel con el débil, desamorado, insensible para las miserias ajenas...

“Trataba de distinguir quién era Jesús”: Este deseo podía indicar una de estas dos cosas:

- Buena disposición interior, que le llevó a la cima de la conversión.
- Mera curiosidad por conocer al famoso Jesús, como hizo Herodes:

*«¿Quién es, pues, éste de quien oigo tales cosas?» Y (Herodes) **buscaba verle.**» (Lc. 9, 9).*

La curiosidad proviene de una inquietud interior que le proyecta hacia la observación de Jesús, donde intuye que puede encontrar la solución de su desgarrada existencia.

“Pero la gente se lo impedía”: No porque la gente le pusiera impedimentos para que pudiera ver a Jesús, sino porque como los demás eran más altos que él, no podía ver a Jesús si no era subiéndose a un lugar superior a la altura humana.

Ciertamente, la opacidad moral humana impide ver a Jesús. Y esta es catequesis de San Lucas aprovechando el acontecimiento zaqueano. Zaqueo no verá a Jesús si no asciende por encima de la masa mundanal. Cuanto más te alejes y eleves sobre la gente, más fácil te será ver a Jesús. El conjunto de principios morales de las gentes es lo que forma el llamado

“*mundo*” en el peor sentido de la palabra, es decir, en el sentido teológico: ¡supéralo!

Reconocer que la gente te impide ver a Jesús es haber dado ya un paso de gigante en tu huida del mal. Tanto te extraviarás y padecerás, cuanto te quieras aliar con las gentes. Pero como tienes que salvar a tus hermanos de este mundo, padecerás persecuciones ineludibles, pero serán menores las persecuciones si con ellos no haces alianza.

“Porque era bajo de estatura”: El talle de Zaqueo era muy pequeño, tanto para Dios como para los hombres: las riquezas no lo habían engrandecido. Poca cosa era para los hombres Zaqueo por su maldita codicia de dinero, razón por la que lo despreciaban, pero no así para Dios, que ve en él un futuro corazón de gigante.

Zaqueo, además de ser bajo, encuentra impedimento en las gentes para ver a Dios: tú, además de ser incapaz de llegar a Dios, encontrarás un obstáculo en las gentes del mundo. Por tanto, sé humilde: aléjate del mundo, súbete al árbol de la cruz, mira a Jesús, escucha su voz, sigue su mensaje.

“Corrió más adelante”: Zaqueo no dejó pasar la oportunidad que le brindaba aquel momento providencial. Se alejó de todos, se subió a la higuera y esperó el encuentro.

“Y subió a una higuera”: Su odiada profesión de publicano al servicio de Roma le hacía odioso a los judíos, y, por lo tanto, no pensó en subir al terrado de alguna vivienda, de donde sería rechazado. Así que decidió subir a una higuera plantada en lugar estratégico por donde tenía que pasar Jesús. Zaqueo usa todos los recursos que están en sus manos para ver a Jesús.

«VER A CRISTO.

Vamos a ver cómo fue el camino de la conversión de Zaqueo. Sintió deseos de ver a Jesús porque germinaba en él una semilla salvadora. Cristo había visto aquello con sus ojos de Dios y al levantar la vista vio a la persona de Zaqueo también con los de carne. Y como era su objetivo que todos los hombres se salven, prolongó en este hombre su bondad. Con la intención de animarlo le dice: “¡Baja rápido!”. Zaqueo buscaba a Jesús para verlo, pero la multitud se lo impedía, no tanto la cantidad de gente como el número de sus pecados. Era pequeño de estatura, no

sólo físicamente sino también en lo espiritual, y no hubiera podido verlo de otra manera si no se hubiera elevado sobre la tierra y trepado al sicómoro bajo el cual iba a pasar Cristo. Esta historia contiene una alegoría: no se puede ver a Cristo y creer en Él si uno no trepa a un sicómoro, es decir, si no anonada sus miembros terrenos: fornicación, impureza, etc.» (S. CIRILO DE ALEJANDRÍA, Comentario al Evangelio de Lucas, 19, 2; PG 72, 865).

“Para verlo”: La expresión está en línea con: *“trataba distinguir quién era Jesús”*. Quería sacar sus conclusiones de este hombre del que había oído hablar maravillas. Así como Zaqueo *miraba a los judíos para ver* cómo sacarles más impuestos, así ahora *mira a Jesús* con la intencionalidad de sacar algo mejor para su alma. Necesitas mirar mucho a Jesús para entrenarte en cómo mirar el mundo en el que vives. Y si esto no haces, mirarás al mundo como miraba Zaqueo a los judíos: dinero, placeres, honores...

“Porque tenía que pasar por allí”: Zaqueo ha querido asegurar el encuentro con Jesús. El lugar del encuentro era paso obligado. Si Zaqueo era eficaz en acaparar impuestos, no lo es menos en acaparar la atención de Jesús.

“Jesús, al llegar a aquel sitio, levantó los ojos”: El deseo de Zaqueo de ver a Jesús, le atrajo su mirada. Si Zaqueo sube, Jesús también. Y allí, en esas alturas, se dio el encuentro:

«Pues los ojos del Señor miran a los justos y sus oídos escuchan su oración.» (1 P, 3, 12).

Jesús no desprecia al rico Zaqueo: publicano ladrón. No se fija en lo que el pecador ha hecho: robar, sino que se fija en lo que Zaqueo hará: abrirse a Dios en fe y donar sus bienes a los pobres.

Jesús al *levantar los ojos* adopta la actitud que tenía para hablar con su Padre. En aquellos momentos solemnes en que el autor sagrado quiere destacar la intimidad de Jesús con su Padre, emplea esta misma expresión:

«Y ordenó a la gente reclinarse sobre la hierba; tomó luego los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo, pronunció la

bendición y, partiendo los panes, se los dio a los discípulos y los discípulos a la gente.» (Mt. 14, 19).

*«Y, **levantando los ojos al cielo**, dio un gemido, y le dijo (al sordo): “Effatá”, que quiere decir: “¡Abrete!”» (Mc. 7, 34).*

*«Quitaron, pues, la piedra (del sepulcro de Lázaro). Entonces Jesús **levantó los ojos a lo alto** y dijo: “Padre, te doy gracias por haberme escuchado.» (Jn. 11, 41).*

*«Así habló Jesús, y **alzando los ojos al cielo**, dijo: “Padre, ha llegado la hora; glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti.» (Jn. 17, 1).*

En otros momentos, como en el presente caso de Zaqueo, Jesús alzaba los ojos hacia sus discípulos con ternura y predilección:

*«Y él, **alzando los ojos hacia sus discípulos**, decía: “Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios.» (Lc. 6, 20).*

También los levantaba hacia las gentes:

*«**Al levantar Jesús los ojos** y ver que venía hacia él mucha gente, dice a Felipe: “¿Dónde vamos a comprar panes para que coman éstos?”» (Jn. 6, 5).*

Jesús invita a sus apóstoles que levanten los ojos para tener la misma experiencia que Él con Zaqueo:

*«**Alzad vuestros ojos** y ved los campos (los samaritanos que acuden a Jesús), que blanquean ya para la siega.» (Jn. 4, 35).*

Y, de propia iniciativa, levantan los tres apóstoles de la Transfiguración sus ojos para contemplar la gloria de Dios:

*«Mas Jesús, acercándose a ellos, los tocó y dijo: “Levantaos, no tengáis miedo.” Ellos **alzaron sus ojos** y ya no vieron a nadie más que a Jesús solo.» (Mt. 17, 7-8).*

También levantan los ojos las mujeres testigos de la mañana de la resurrección:

«***Y levantando los ojos ven que la piedra estaba ya retirada.***» (Mc. 16, 4).

Hasta el rico epulón, al levantar los ojos estando en el infierno, contempló a Abraham:

«***Estando en el Hades entre tormentos, levantó los ojos y vio a lo lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno.***» (Lc. 16, 23).

Es tan sublime esta acción que el humilde publicano no se atrevía ni a levantar la vista:

«***El publicano, manteniéndose a distancia, no se atrevía ni a alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: "¡Oh Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!"***» (Lc. 18, 13).

Este pequeño recorrido por el Nuevo Testamento te puede dar a entender un poco la profundidad que tiene la expresión de San Lucas cuando la elevación de la mirada de Jesús hacia el pobre pecador.

“***Y dijo: –Zaqueo***”: Jesús llamó al publicano por su propio nombre: ya no es “*recuerdo de odios*”, por ser publicano, sino “*Recuerdo de Dios*”, como indica su nombre.

Aquí no hay tapujos: Jesús hace público un nombre odiado por todos. La proclamación solemne del nombre de un pecador no es más que la atracción del Pastor por la oveja perdida: ¡“*Zaqueo*”!

“***Baja enseguida***”: Esta prisa tiene un sentido espiritual profundo. Se trata de la diligencia que se debe poner en la ejecución de las acciones que Dios inspira, pues a Dios también le urge. A Jesús le urge y quiere entrar de inmediato en su casa y en su intimidad. No encontró otro hospedaje dispuesto para entrar, y eso que “*atravesaba la ciudad*” entera.

“***Porque hoy tengo que alojarme en tu casa***”: Zaqueo necesita ser alojado (inhabitado) por Jesús. Ésta es la tarea que ha venido a realizar Jesús como salvador de lo que estaba perdido, pero aquí S. Lucas ha querido destacar también una cierta obligatoriedad que siente Jesús de entrar en el corazón de Zaqueo. Por una parte, tiene el precepto del Padre, que

le ha encargado la salvación de los pobres pecadores, y, por otra parte, la necesidad que el mismo Jesús siente en su amor por los hombres.

Jesús se invita a la casa del pecador, aunque le critiquen (o crucifiquen) los murmuradores y criminales judíos. En definitiva, la necesidad es recíproca:

«Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo (cenaremos juntos, o tal vez mejor: nos comeremos).» (Ap. 3, 20).

“Él bajó enseguida”: La prontitud de ánimo con que Zaqueo bajó del árbol para cumplir el precepto divino está en sintonía con la alegría de recibir a Jesús en su casa.

Si la antigua codicia zaqueana es raíz y ocasión constante de pecados, la perfecta conversión a Dios amputa de raíz el pecado.

“Y lo recibió muy contento”: El gozo de Zaqueo al recibir a Jesús es la consecuencia de la obediencia a la voz de Dios, que le manda bajar. El gozo de Zaqueo contrasta con la rabia que le profesan los judíos, fundamentalmente sus autoridades.

“Al ver esto”: Jesús al ver a Zaqueo se enternece, los judíos se enfurecen. Esta actitud contrapuesta la puedes contemplar en la vida cotidiana ante un mismo acontecimiento: unos se enternecen, otros se ofuscan, murmuran, persiguen y aniquilan.

“Todos murmuraban diciendo”: Lo mismo que a Zaqueo le llena de gozo la presencia de Jesús, a los judíos los llenaba de rabia, hasta el escándalo farisaico. Con esto se cumple la profecía del anciano Simeón:

«Este está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción.» (Lc. 2, 34).

La presencia de Jesús, o del Evangelio, o de la Iglesia, o de una asociación, o de un cristiano, pone de manifiesto lo que hay en los corazones de las gentes que lo rodean, como afirma el anciano Simeón y como puedes contemplar en este acontecimiento zaqueano.

Los murmuradores tienen la reacción de la culebra cuando le pisan la cola, se vuelve violenta inoculando veneno letal; así los murmuradores cuando aparece la acción desconcertante de Dios para quienes no tienen corazón cristiano. El Evangelio los aplasta como un peso insoportable, pues los murmuradores llevan a Satanás en su corazón, pero al justo lejos de pesarle el Evangelio lo aligera, como las alas de la paloma que le permiten volar ingrátida.

Así como la reacción de quien busca a Jesús es gozosa, la reacción de quienes no buscan a Jesús es murmuradora.

¿Quién se atreve a criticar a Jesús por convertir a un pecador haciendo que deje de robar, que done sus bienes a los pobres, que prometa no robar más y vivir como ciudadano ejemplar? ¿Quién...? –Pues “*todos*”, dice el Evangelio: ¡oh depravada condición humana! ¿Quién te entiende?

“Ha entrado a hospedarse en casa de un pecador”: Este escándalo farisaico de la acogida de los pecadores arrepentidos, es propia de los pecadores impenitentes.

“Pero Zaqueo se puso en pie”: El que estaba caído se incorpora a la voz de Jesús, y los que se preciaban de puros, quedaron enlodados en su amargura.

“Y dijo al Señor”: Su conversación no es con otro.

“Mira”: Motiva la atención de Jesús con expresión enfática.

“La mitad de mis bienes, Señor, se la doy a los pobres”: Para matar toda codicia, Zaqueo da la mitad de sus bienes.

El favor de Jesús y su trato con Él cambian el corazón de Zaqueo y lo liberan del dominio despótico de las riquezas, cosa tan difícil de conseguir:

«**¡Qué difícil es que los que tienen riquezas entren en el Reino de Dios!**» (Lc. 18, 24).

“Y si de alguno me he aprovechado, le restituiré cuatro veces más”: Zaqueo habla a Jesús de una promesa de futuro, pues la restitución

supera con mucho lo preceptuado por los rabinos, que sólo exigían un quinto del haber. Zaqueo, tal vez siguiendo el precepto del Éxodo, decide restituir cuatro veces más:

*«Si un hombre roba un buey o una oveja, y los mata o vende, pagará cinco bueyes por el buey, y **cuatro** ovejas por la oveja.» (Éx. 21, 37).*

El instantáneo progreso espiritual de conversión de Zaqueo se debe a que ha sido iluminado por Dios.

Y Zaqueo hace penitencia con lo que más apreciaba, sus bienes terrenos: con la misma avidez que recaudaba dinero, ahora lo dona.

Aquí la exhortación sería: sube tú a la higuera por donde pasa Jesús, ponte a la vista de Jesús, déjate iluminar por Jesús, es decir, reza, y cumple de inmediato su voluntad.

“Jesús le contestó”: Si Zaqueo se dirige a Jesús, la respuesta de Jesús se dirige ahora a todos los presentes, principalmente a los murmuradores.

“Hoy ha sido la salvación de esta casa”: Zaqueo quedó salvado, pero ¿y las otras casas? —Quedaron cerradas a la salvación por su oposición murmuradora hacia Jesús.

La salvación se hace extensiva a toda la casa, es decir, a toda la familia de Zaqueo.

La expresión puede tener doble sentido:

- Ha entrado la salvación, es decir, ha entrado Jesús, que es la salvación, en la casa de Zaqueo.
- Ha entrado la salvación de Zaqueo, pues con la entrada de Jesús en la casa se produce indirectamente la justificación de Zaqueo.

Al entrar Jesús en la casa, entró el Evangelio y la salvación.

“También éste es hijo de Abrahán”: La salvación de Zaqueo coincide con su nueva filiación espiritual:

«Tened, pues, entendido que los que viven de la fe, éstos son los hijos de Abraham.» (Gál. 3, 7).

«Y si sois de Cristo, ya sois descendencia de Abraham, herederos según la Promesa.» (Gál. 3, 29).

“Porque el Hijo del hombre”: El anunciado reiteradamente por el profeta Ezequiel y Daniel, es decir, el Mesías.

“Ha venido a buscar y a salvar”: Se trata de la naturaleza mesiánica de la misión de Jesús, encomendada por el Padre, mediante su venida a este mundo para salvarlo.

“Lo que estaba perdido”: El publicano estaba y se sentía perdido, y Jesús le sale al encuentro para ofrecerle la salvación.

La sentencia de Jesús cuadra muy bien como conclusión del episodio zaqueano: la salvación.